

EN EL PRIMER CENTENARIO DE LA LLEGADA DE PHILIPPI

Los naturalistas de Chile celebran en 1951 el primer centenario de la llegada al país del doctor Rodolfo Amando Philippi (1808-1904). Chile, segunda patria del extraordinario naturalista, recuerda pues con agradecimiento el 4 de diciembre de 1851, cuando él arribó a Valparaíso en un velero. Ese día tiene un alto significado histórico para las Ciencias Naturales de Chile.

Venía huyendo de la represión absolutista que ensombrecía a su país, y él, que amaba la libertad, no podía encontrar en Prusia la necesaria paz espiritual para cultivar las Ciencias Naturales, afán de sus más tiernos años. Philippi pensaba radicarse en Chile sólo por un tiempo breve, pero el destino quiso dejarlo para siempre aquí, y en nuestra patria transcurrió más de la mitad de su larga vida. Aquí produjo tal vez lo más importante para la ciencia, por lo que Chile se enorgullece de haberle dado hospitalidad.

A casi medio siglo de su muerte, vemos la gran figura de Philippi, y es por eso que en estas líneas queremos recordar algunos perfiles de su vida y de su obra. Ya su biografía fué escrita por Diego Barros Arana, y el botánico Karl Reiche compiló su bibliografía más significativa.

Como un emisario del movimiento científico que se operaba en la Europa de mediados del siglo XIX, Philippi se convierte en Chile en un notable impulsador de la ciencia. Aunque "doctor en cirugía y medicina" (1830), no practicó la profesión, y sólo aplicó su inteligencia al estudio desinteresado de la naturaleza.

Pertenece Philippi a esa escuela en que brillaron hombres tan integralmente sabios como Linneo, Cuvier, Buffon, Darwin, etc., y aunque vivió en la época en que la especialización científica ya comenzaba, no puede decirse que él se comprometiera con ninguna. En Chile formó parte de esa falange de extranjeros ilustres que como Domeyko, Bello, Pissis, Sazie, etc., contribuyeron tan notablemente a la formación intelectual de los chilenos. Philippi es el legítimo continuador de la obra del Abate Molina y de Claudio Gay, y, aún más, fué el inmediato y oportuno custodio de la herencia científica dejada por este último.

Philippi exploró con detenimiento gran parte del territorio, tanto continental como insular. De sus 350 más importantes publicaciones, la mitad más o menos corresponden a Zoología; más de 90 son de Botánica, especialmente de Taxonomía; el resto de sus obras tratan de Geología, Paleontología, Mineralogía, Geografía, Meteorología, Etnografía, Arqueología, etc. Lamentablemente los dos tercios de sus obras no están escritas en español sino que en alemán, publicadas en Europa, y ahora es extremadamente difícil encontrar o consultar muchas de ellas.

Consideramos a Philippi un precursor de actividades que hoy día constituyen algo perfectamente normal y necesario, pero que en su tiempo hallaron incompreensión y oposición. Así, por ejemplo, su "Viaje al Desierto de Atacama hecho por orden del Gobierno de Chile en el verano de 1853-54", es a nuestro juicio el primer trabajo científico real-

mente serio emprendido en nuestro país con el fin de avaluar y estudiar las posibilidades económicas de un definido recurso natural. Asimismo, otra prueba de su alto espíritu progresista es su iniciativa de fundar el Jardín Botánico (1876). Debemos también señalar a Philippi como el primer hombre que enseñó la Historia Natural en Chile (1853), y con la publicación de sus "Elementos de Historia Natural" (1864), contribuyó a forjar un tipo nuevo de juventud, logrando encaminar a los chilenos por un rumbo de conocimientos antes ignorados. Su actuación como primer director titular del Museo Nacional de Historia Natural (1853), creado por Gay, propendió a que el establecimiento exhibiera, conservara, educara, investigara y publicara, cinco funciones básicas, y que aún hoy día muchos museos del mundo no logran cubrir satisfactoriamente.

Esta breve nota quedaría trunca si no nos refiriéramos a otros aspectos de la rica personalidad de Philippi. Su sinceridad, honradez y tesón con que abrazaba todo lo que le parecía justo o digno de estudio los vemos en todas las fases de su vida; en política, durante los últimos años que pasó en Europa, antes de llegar a Chile; como profesor, cuando prefirió retirarse en vez de ceder, frente a los que pretendían retardar el progreso nacional en materia de educación; como investigador, que a los 80 años de edad recorrió a pie la distancia que media entre dos ciudades del Sur y atravesó un peligroso puente en construcción, sólo para satisfacer su indomable espíritu de observador de la naturaleza; y también, cuando jubilado, después de 44 años de servicios al país, y luego casi ciego y sordo, no interrumpió sus estudios ni dejó de ser un escritor científico. Como agricultor, propietario de la hacienda San Juan, en La Unión, no tuvo gran éxito, pues su preocupación total eran las Ciencias Naturales. Vivió siempre austeramente. No ejerció poder político ni financiero, y jamás se esforzó por adquirir una posición social; pero su muerte, ocurrida a los 96 años de edad, tuvo la virtud de conmover a todo Chile, pues perteneció a la clase de hombres que para ser influyentes les basta con sólo su alta jerarquía intelectual. Su labor la cumplió modesta y silenciosamente, pero el pueblo agradecido tuvo conciencia de ella.

GABRIEL OLALQUIAGA F.